

UNA TEORÍA POLÍTICA ADAPTADA A LA CIENCIA DEL SIGLO XXI

Víctor Alonso Rocafort

(victor.a.rocafort@gmail.com)

Resumen:

Al igual que para el estudio del universo y de las partículas elementales hace tiempo que dejamos de basarnos únicamente en Isaac Newton, tampoco la neurociencia contemporánea gira ya en torno a la rudimentaria división idealista, dual entre pasiones y razones, que constituyó el eje de la que una vez fue considerada *nueva ciencia* cartesiana.

La ciencia política moderna se construyó mirándose en aquel espejo de las revoluciones científicas del siglo XVII, justo cuando surgieron conceptos que al hilo de revoluciones políticas paralelas lo cambiaron todo, como el de representación política. Tres siglos después, para comprender mejor nuestra realidad política actual, así como para ofrecer aportaciones que la mejoren, habremos de saber intercambiar saberes con la ciencia del siglo XXI.

Palabras clave: teoría política, neurociencia, física teórica, mecánica cuántica, artes y humanidades.

Nota biográfica: Profesor de Teoría Política en las Universidades de Alicante (2008), Autónoma de Madrid (2009-12), Complutense (2013-14) y Talca, Chile (2015). Entre 2016 y 2019 fue el coordinador del grupo de Izquierda Unida en el Congreso de los Diputados. Entre sus publicaciones destacan *Retórica, democracia y crisis: un estudio de teoría política* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010) así como diversos artículos académicos.

La democracia no es lo que parece

Los físicos teóricos suelen decir que las mejores historias, las que se acercan mejor a lo real, son aquellas que nos desafían y nos sacan de nuestra zona de confort. La ciencia es una actividad que fundamentalmente descansa sobre la fantasía, pues esta resulta imprescindible para comprender todo lo que se escapa a nuestra intuición o directamente va contra el sentido común. Y no solo eso, sin imaginación sería imposible ningún avance científico.

Este extrañamiento del mundo inmediato es lo que experimentamos cuando atendemos a los relatos sobre la evolución, la mecánica cuántica o el tejido espacio-temporal del universo, a través de los cuales descubrimos que la realidad no es ni mucho menos lo que pensábamos que

era. Desafían directamente lo que captan nuestros limitados sentidos o lo que nos enseñaron en unos programas de estudio generalmente obsoletos e incompletos. El Sol parece girar a nuestro alrededor en el cielo, el mundo estar repleto de cosas que en un espacio vacío caen atraídas por una fuerza sobre la Tierra, los humanos ser de una naturaleza muy diferente a la de los insectos, nuestra razón batallar de continuo contra las pasiones, el tiempo ser igual para todos mientras discurre ordenado desde el pasado hacia el futuro... pero nada más lejos¹.

El mundo no es como parece. Anaximandro tuvo la audacia de enunciarlo en la vieja Mileto de hace más de dos mil años, contribuyendo a dar origen a una forma de pensar propiamente científica. Tras observar y reflexionar, imaginó que la Tierra era finita y flotaba en un cielo al que dotó de profundidad, lo que suponía la apertura hacia el cosmos y un golpe mortal a nociones fundamentales como el arriba (Cielo) y el abajo (Tierra). El milesio mejoró la comprensión existente entonces sobre la realidad a partir de un acto de rebelión. Se atrevió a corregir a Tales, su maestro, a quien respetaba, así como fue capaz de explicar los fenómenos de la naturaleza sin dioses de por medio. Como señala el físico contemporáneo Carlo Rovelli, la crítica y el diálogo que darían sentido a la ciencia imperaban no por casualidad en su ciudad. Esta se erigía floreciente e independiente, sin reyes, sumos sacerdotes ni palacios, abierta al mundo mediterráneo dentro de la Liga Jónica mientras la participación directa de los ciudadanos a la hora de legislar daba sus primeros pasos².

El acercamiento a lo real de nuestra experiencia en el Universo solo es posible desde la creatividad y la valentía intelectual. La protección y el impulso público hacia estas cualidades básicas para la ciencia y la democracia no gozan sin embargo de un estatus estable en la mayor parte de nuestro planeta. Incluso en aquellos países donde se las ensalza, se protegen libertades básicas o se goza de recursos suficientes para desarrollarla, no se sabe lidiar adecuadamente con la crítica, algo que está muy relacionado con la precariedad laboral que asfixia la carrera científica. A pesar de todo, en la estela de lo logrado en el siglo XX, se siguen dando unos logros colectivos de gran relevancia. Las revoluciones científicas por venir, como pudiera ser el hallazgo de una teoría cuántica de la gravedad, pueden traer nuevas cosmovisiones y aplicaciones en múltiples ámbitos, llevándonos más allá en el conocimiento de los reinos de lo muy grande, lo muy pequeño y lo muy rápido, por lo que aún hemos de estar preparados para grandes desconciertos.

¹ Carlo Rovelli, *El orden del tiempo* (2017), Anagrama, Barcelona, 2018, pp. 9-10. Galfard, *El universo en tu mano*, pp. 146-147.

² Carlo Rovelli, *El nacimiento del pensamiento científico. Anaximandro de Mileto* (2009), Anagrama, Barcelona, 2018, *passim*. El que George Paget Thomson recibiera el Nobel cuarenta años después que J. J. Thomson, por demostrar que el electrón no se comportaba como su padre había esperado cuando lo descubrió, es un ejemplo contemporáneo de cómo la crítica no está reñida con el cariño en ciencia.

Con el paso de los siglos hemos ido sabiendo que somos nosotros, mientras rotamos a una velocidad de 1.670 km/h si lo medimos desde el ecuador terrestre, los que dejamos abajo al Sol en su ocaso mientras orbitamos a su alrededor a unos 30 Km/s, todo ello al mismo tiempo que nos movemos, con él y el resto del sistema solar, a unos 200 km/s en torno al centro de nuestra galaxia atraídos por lo que parece ser un masivo agujero negro. Recorremos así algo más de 800.000 kilómetros en una hora. Es como si fuéramos en un perfecto tren interestelar de velocidad prácticamente constante, por eso ni lo notamos³.

Los griegos llamaron *πλανήτης* (*planetes*), vagabundos o errantes, a los cuerpos celestes que a diferencia de las estrellas se movían con el paso de las noches. Cuando alzaban su mirada al cielo, estos primeros astrónomos comprobaban que algunos cambiaban de sentido, hacían giros impensables, retrocedían... Todo empezó a tomar sentido cuando Nicolás Copérnico propuso su sistema heliocéntrico, Galileo inició sus primeras exploraciones telescópicas y Johannes Kepler e Isaac Newton formularon sus primeras leyes: los planetas giran atrapados en distintas órbitas con forma de elipse ovalada, alrededor del Sol, mientras la Tierra adelanta a los planetas que orbitan más alejados y a menor velocidad, como Marte o Júpiter. Por eso “retroceden”⁴.

Enseguida se supo también que las estrellas no permanecen fijas, solo que están tan lejos que las percibimos inmóviles. No hay nada firme allí arriba, es decir, no hay *firmamento*. Habrá un momento en que las constelaciones se vayan deshilachando y en unos 4.000 millones de años nuestra galaxia, con alrededor de 300.000 millones de estrellas, colisionará con nuestra gigantesca vecina, Andrómeda, aún más grande. Sabemos ya también que la Tierra no es la que atrae directamente a los seres y objetos que la habitamos a partir de algún tipo de fuerza interna, sino que nos deslizamos por la geometría flexible y tetradimensional del espacio-tiempo, cuyas pronunciadas pendientes se van conformando a partir de la masa y la energía, esas gemelas equivalentes que lo recorren a ritmo de $E=mc^2$, la sencilla y maravillosa ecuación formulada por Albert Einstein. Nuestro planeta se desplaza en línea recta a lo largo de esta voluble entidad inclinada por el Sol, a la vez que, como toda masa que se precie, curva también el espacio-tiempo a su alrededor, en su caso de un modo tal que permite que no salgamos despedidos mientras rotamos a una velocidad vertiginosa. También provoca que se dilate el tiempo, transcurriendo más lentamente cerca de la Tierra, pongamos en el mar, que más arriba, en la montaña, donde envejecemos antes. Esta curvatura gravitatoria es lo que mantiene a la

³ Galfard, *El universo en tu mano*, p. 150. Marcus Chown, *Gravedad. Una historia de la fuerza que lo explica todo* (2017), Blackie Books, Barcelona, 2018, p. 29.

⁴ Chown, *Gravedad*, pp. 22-28. Alan Lightman, *Los sueños de Einstein* (1993), Libros del Asteroide, Barcelona, 2019, 67.

Luna orbitando alrededor, provocándole más de un seísmo, mientras a su vez reacciona a la atracción del propio satélite que, de tan grande, es casi un planeta con fenómenos como las mareas o la reducción de la propia velocidad de rotación (una hora por giro en los últimos 350 millones de años)⁵.

Por otra parte, nuestro mundo se nos ha revelado desde la mirada cuántica como una sucesión de eventos, en cambio permanente, donde las cosas no respetan el principio de identidad pues no son, sino que acontecen. Incluidos nosotros mismos. Hasta la piedra más sólida es un mero acontecimiento, una vibración de campos cuánticos que no muy tarde se deshará como un azucarillo⁶. Esto supone un desafío monumental al aristotelismo que impregna nuestras presunciones desde hace milenios, dando solo en parte la razón a intuiciones filosóficas ajenas al canon como las que propusieron en su momento Heráclito o Hegel. Somos y estamos rodeados de procesos en progresivo desorden, inasibles también por las leyes de la dialéctica, pues a duras penas hay estabilidad, tan solo efímeros equilibrios que muy pronto vuelven a convertirse en el polvo de estrellas que finalmente somos. No hay así posibilidad de síntesis.

Lo que hasta ahora sabemos del comportamiento de las partículas elementales como los fotones, electrones o quarks, desafía nuestro sentido común. No hay un espacio vacío en el Universo, tal y como lo pensó Newton. Tampoco podemos fiarnos de leyes precisas y causales, pues resulta imposible prever dónde estarán estas partículas hasta que se produce la interacción con ellas. Aparecen, desaparecen y reaparecen, siendo puntuales pero también extensas, estando en muchos lugares a la vez y en ninguno. Hay que asumir, recordaba Richard Feynman, que estas se comportan de un modo incomparable a cualquier cosa que hayamos visto antes. Esto cuestiona que exista algo más allá de la constante comunicación entre las cosas del mundo, la realidad parece residir en la interacción. La teoría cuántica ha destruido por tanto la noción de certeza al mostrar que amplios aspectos de la naturaleza se rigen por el azar, de ahí que en el corazón de la física se trabaje desde hace décadas con probabilidades, desechada ya cualquier pretensión de predictibilidad⁷.

Tampoco se ha asimilado ni se ha adoptado en general en otros campos, a pesar de conocerlo desde hace más de 100 años, que resulta imposible hablar de un tiempo presente en nuestro Universo en expansión. Hoy vemos el brillo de estrellas apagadas hace cientos de millones de años y hasta la luz que nos llega del Sol es el resultado de un viaje de algo más de 8

⁵ Galfard, *El universo en tu mano*, pp. 103-120. Chown, *Gravedad*, capítulo 3. Carlo Rovelli, *Siete breves lecciones de física* (2014), Anagrama, Barcelona, 2016, capítulo 1.

⁶ Rovelli, *El orden del tiempo*, pp. 75-81, 128-132.

⁷ Brian Cox y Jeff Forshaw, *El universo cuántico. Y por qué todo lo que puede suceder, sucede* (2011), Debate, Madrid, 2014, capítulo 2. Carlo Rovelli, *Siete breves lecciones de física* (2014), Anagrama, Barcelona, 2016, capítulos 2 y 7.

minutos por parte de los fotones originados en la fusión termonuclear que se da en su seno. Cada vez que alzamos la vista al Sol, este en realidad ya se ha desplazado más de 117.000 kilómetros respecto a donde lo vemos⁸. La mayor parte del cosmos se encuentra fuera de nuestro pasado y de nuestro futuro... sin ser tampoco nuestro *ahora*. Por no decir que incluso el momento en que chasqueamos los dedos ya ha pasado para cuando, tras el registro por nuestros ojos y oídos, es procesado por el cerebro⁹.

Albert Einstein rediseñó nuestra comprensión de la realidad al imaginar teóricamente lo que posteriormente se constataría experimentalmente: tu tiempo en relación al resto se ralentiza con la gravedad y al incrementar nuestra velocidad. Esto significa que cada cual tiene un tiempo propio, distinto de si estamos en la llanura o en el monte, de si permanecemos inmóviles o nos movemos. Y a la velocidad de la luz... sencillamente se detiene.

Percibimos el decurso del tiempo gracias a nuestras limitadas pero valiosas capacidades humanas, como la memoria, nuestros sentidos y millones de conexiones neuronales por segundo, capaces de conectar las huellas que va dejando la entropía. Una sustancia caliente, pongamos un café recién hecho, tiene sus moléculas vibrando a gran velocidad, así que cuando introducimos en él un material frío como una cucharilla, sus lentas moléculas se ven contagiadas por esta agitación, recibiendo además energía. Por tanto, la cucharilla incrementa su calor al recibir un trasvase de energía del café... hasta quedar a sus mismos grados de temperatura. El calor solo fluye de objetos calientes a fríos, por eso al lograr el equilibrio térmico se detiene. Es así como se desordena todo de forma natural, en un proceso gradual que de momento se acepta que comenzó en el Big Bang.

Con el paso de los minutos el café irá transfiriendo calor/energía a los alrededores, enfriándose en un proceso irreversible. Cuando una piedra cae al suelo lo calienta, su energía mecánica se transforma en energía térmica, degradándose al reducir su utilidad, sin posibilidad de marcha atrás, por eso no rebota indefinidamente en el tiempo. La memoria y la percepción del incremento de la entropía es lo que nos permite imprimir una dirección, registrando los cráteres, los fósiles, los recuerdos y la huella de una pisada que aún no borró el viento, distinguiendo el pasado del futuro. Se trata de un tiempo discontinuo, granulado, que a nivel elemental -más allá del intervalo mínimo de Planck (10^{-44} segundos)- físicos como Rovelli se atreven ya a decir hoy día que no existe¹⁰.

⁸ Galfard, *El universo en tu mano*, pp. 86, 203.

⁹ David Eagleman, *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro* (2011), Anagrama, Barcelona, 2018, p. 67.

¹⁰ Rovelli, *El orden del tiempo*, especialmente capítulos 2-6, 11-13. Galfard, *El universo en tu mano*, pp. 174-176.

También hemos ido sabiendo, por supuesto, que la Tierra no era plana; pero esto ya lo sabía Anaximandro, que la describió cilíndrica. En la Escuela Imperial de Astronomía China tardaron algo más en saberlo, ¡hasta el siglo XVII!, resultado probablemente de que estaba prohibido contradecir a los maestros¹¹. Y por lo que ya sabemos de nuestra naturaleza evolutiva, animal y humana, sobre la que más adelante nos detendremos, aquel dañino esquema de las pasiones corporales vituperadas, separadas y reprimidas por la razón nada tiene que ver con lo que nos dice hoy la neurociencia, aunque machaconamente se siga utilizando como molde desde el que pensar y hacer política.

Si queremos estudiar y con ello comprender y mejorar la política del siglo XXI, más en un momento crucial de nuestra existencia como es la actual crisis climática, hemos de saber adoptar los avances de la ciencia de nuestro tiempo. Si asumimos el reto de pensar el mundo político de la mano de cómo vamos conociendo el mundo físico, dejando atrás los mapas científicos del siglo XVII que tanto han marcado las aspiraciones de la pretendida ciencia de la política durante tres siglos, entraremos en un mundo donde domina la incertidumbre, el cambio continuo y lo real no suele ser lo que parece. Para ello hemos de atrevernos en poner en primer plano la fantasía, saber repensar y reinventar el mundo, acoger la crítica en un entorno democrático, y reconocer que no alcanzaremos la realidad más que de forma aproximada. La validez de las teorías aquí no reside en las autoridades de los maestros, el eco en los medios o las estrategias publicitarias, sino en si pasan la prueba de la comprobación en la experiencia. Y aún así, las sabremos temporales.

Es un hecho que, a pesar de que hace tiempo que se derrumbaron las certezas de la física clásica que se dieron por universales y absolutas, las ciencias sociales que se levantaron bajo su égida siguen prácticamente incólumes. Desde el siglo XVII los estudiosos de la política han querido arrogarse el marchamo de científicos con la pretensión de emular los modernos logros de la física, las matemáticas y la biología. Desde Thomas Hobbes hasta el surgimiento de las nuevas ciencias sociales en los *College* de Nueva Inglaterra, a fines del siglo XIX, la idea de una nueva ciencia política capaz de adaptarse a un universo causal y predictivo, donde los avances teóricos fueran fácilmente aplicables para facilitar así el progreso social, ha estado en primera línea de la disciplina. Aún hoy, la rama más financiada y desarrollada a nivel mundial de la Ciencia Política, aquella donde la comparación, las metodologías, la estadística y las fórmulas matemáticas lo copan prácticamente todo, aunque sea cada vez más consciente de sus

¹¹ Rovelli, *El nacimiento del pensamiento científico. Anaximandro de Mileto*, pp. 104, 154.

limitaciones predictivas, sigue esta misma inspiración¹². Hemos así de asumir esto que tan certeramente resume Rovelli:

La fe en la ciencia, típica del siglo XIX, la exaltación positivista de la ciencia como conocimiento definitivo acerca del mundo, hoy se ha venido abajo. El primer responsable de este desmoronamiento es la revolución de la física en el siglo XX, que ha revelado que, a pesar de su increíble eficacia, la física de Newton es, en un sentido muy preciso, errónea¹³.

El que la realidad se encuentre más allá de nuestras primeras impresiones, construyéndola incluso de forma activa desde esa maravilla evolutiva que es un cerebro rodeado de oscuridad y silencio en el cráneo¹⁴, significa que también en el campo político hemos de superar lo que nos dicen nuestros sentidos, los prejuicios más extendidos o lo que nos han contado u obligado a recitar. Es así como la comprensión que surge de la información contrastada, del conocimiento, del pensamiento, de las lecturas reposadas, del diálogo o de nuestras experiencias en calles, plazas y despachos de las instituciones, quiebra a menudo nuestras presunciones iniciales, mejorando nuestro entendimiento de lo político cuando nos atrevemos a emprender un auténtico viaje teórico por sus dominios. Al igual que sucedía en Mileto, en Florencia o en la mejor ciencia del siglo XXI, es la creatividad y el coraje, el pensamiento crítico, el rigor y el intercambio en libertad, lo que ofrece ese algo más lúcido y original que nos acerca asintóticamente a la realidad política.

Enfatizaba Ursula K. Le Guin en 2014 que estamos en una era que necesita “escritores que puedan recordar la libertad. Poetas, visionarios, realistas de una realidad más grande”¹⁵. Gianni Rodari exigió toda su vida gozar de una Fantástica en la escuela, tal y como tenemos una Lógica, para que nos descubra el arte de inventar. No con el objetivo de ser todos artistas, sino para que nadie sea un esclavo¹⁶. Son autores que dicen desde la literatura lo que de nuevo Rovelli señala desde el ámbito científico: “la ciencia, antes de estar constituida por experimentos, mediciones, matemáticas, deducciones rigurosas, lo está, sobre todo, por visiones. La ciencia es, ante todo,

¹² Sobre el surgimiento de la Ciencia Política norteamericana en el siglo XIX: Alonso Rocafort, *Retórica, democracia y crisis*, capítulo 1.

¹³ Rovelli, *El nacimiento del pensamiento científico. Anaximandro de Mileto*, p. 16.

¹⁴ Eagleman, *Incógnito*, p. 102. David Eagleman, *El cerebro. Nuestra historia* (2015), Anagrama, Barcelona, 2017, capítulo 2.

¹⁵ Ursula K. Le Guin, Discurso de aceptación de la *National Book Foundation's Medal for Distinguished Contribution to American Letters*, 2014:

http://www.nationalbook.org/amerletters_2014_uleguin.html#.W4KfLi2Rgxc (agosto de 2018).

¹⁶ Gianni Rodari, *Gramática de la fantasía. Introducción al arte de contar historias*, Planeta, Barcelona, 2018, pp. 9, 13.

una actitud visionaria”¹⁷. Eso es lo que nos encontramos desde el mismo título en aquella obra fundamental de la teoría política de la segunda mitad del siglo XX, *Politics and Vision*, de Sheldon S. Wolin. La imaginación nos ayuda a actuar y comprender mejor, nos hace más libres y realistas. Pero hoy no parece que nadie esté preparando una revolución teórica de la política, capaz de dar pie a otras cosmovisiones y benéficas aplicaciones.

¿Seremos capaces de asumir a nivel político que carecemos de firmamento, que no hay brújulas? ¿Sabremos reconocer que el mundo se desordena incrementalmente y no por ello deja de ser maravilloso? Más de uno se sorprendería si, en plena discusión sobre las llamadas políticas de identidad supuestamente enfrentadas a las políticas que priorizan lo material, advirtiera el hecho incontrovertible de que somos eventos de partículas elementales en vibración y cambio permanente. Y que estas pueden estar en varios sitios a la vez, como nos pasa en nuestros sueños cuando se nos mezclan las ciudades. Seguramente Machiavelli se sonreiría, evocando sus *Sonetos sobre Fortuna*, de saber que nuestra ciencia ya asume que todo es azar.

Los conceptos de la ciencia contemporánea, como sus teorías y el logos en ella utilizado, son aproximaciones a lo real que nunca logran asirla del todo. Los más reputados científicos de nuestro tiempo reconocen que sin las artes y las humanidades no es posible tener el cuadro más completo. No somos únicamente un conjunto de partículas danzantes. El llanto, la risa, la honestidad, el amor, la libertad, el respeto, la ira, la propia fantasía, la injusticia o la inteligencia política son también formas que toma la naturaleza en lo humano y que han de pensarse más allá de las fórmulas científicas para entenderlas. Literatura, poesía, filosofía, música, historia, danza, pintura... aportan y se enriquecen a su vez de un estrecho contacto con la ciencia¹⁸. Ahí es donde debe imbricarse hoy el estudio de la política, retornando a la vieja pretensión de la colaboración entre las ciencias que Giambattista Vico defendía desde su cátedra de retórica de la Universidad de Nápoles a inicios del siglo XVIII, cuando la especialización científica propugnada por el cartesianismo ya era un hecho¹⁹.

Las ciencias naturales y sociales, las artes y las humanidades, pueden enseñarse mutuamente cómo en su evolución histórica la tentación de la omnipotencia a menudo las ha vencido. Y la derrota que una y otra vez ha sobrevenido ha traído la enseñanza de que no es posible conocernos del todo, radiografiarnos por completo, ni a nosotros ni al cosmos. De nuevo resurgen los consejos no escuchados de Vico a sus estudiantes: “en verdad, todo lo que al

¹⁷ Carlo Rovelli, *Siete breves lecciones de física* (2014), Anagrama, Barcelona, 2016, pp. 31-32.

¹⁸ Ejemplos de esta actitud en reputados científicos los tenemos en:

¹⁹ Giambattista Vico, *Obras. Oraciones inaugurales y la antiquísima sabiduría de los italianos*, Anthropos, Barcelona, 2002. Un estudio detallado de esta cuestión en la obra de Vico en: Alonso Rocafort, *Retórica, democracia y crisis*, capítulo 5.

hombre se concede conocer, como hasta el propio hombre, es finito e imperfecto”²⁰. Constatar esto no frena, sino al contrario, impulsa y mejora nuestro anhelo de saber. Sin las humanidades sería muy difícil orientar éticamente la ciencia que queremos para un mundo en el que valga la pena vivir²¹.

No deberíamos sin embargo, al combinar estos ámbitos de estudio, dejar de advertir sus diferencias. Por ejemplo, en la ciencia se rediseña el mundo con cada nueva mirada teórica de calado que demuestra su validez. Mientras, en la política, dominada por la contingencia como no puede ser de otra manera al tratar los asuntos humanos, continuamente hemos de adecuar los significados a un vaivén acelerado de acontecimientos que en ocasiones transforman nuestras instituciones y nuestras formas de entender lo político. Y no suele haber acuerdo. Tampoco se le espera.

Durante las crisis más agudas de las comunidades políticas se suele echar la vista atrás para poner en duda sus cimientos fundacionales. Los conceptos políticos, ya de por sí flexibles, alcanzan entonces su máxima elasticidad. Hemos de adecuar los significados a un vaivén acelerado de acontecimientos que en ocasiones transforman nuestras instituciones y nuestras formas de entender lo político. También se rediseñan mundos. Pero aquí, a modo de tesoros en pugna encontramos intensas luchas semánticas por las palabras, hechas jirones por facciones que batallan por hacer suyo el significado que más les gusta o conviene²². Es entonces cuando comenzamos a adjetivar los sustantivos, para salir del embrollo y distinguir un uso de otro.

Recientemente en nuestro país la experiencia de adjetivar la democracia como *real* reveló la pretensión de volver al origen, a la esencia, tras décadas de haber utilizado este concepto como término fetiche para casi todo, incluso para su contrario. Nos convertimos en físicos de la política, nada era lo que parecía ni tampoco lo que nos habían contado.

El capitalismo neoliberal del subempleo y los desahucios, los gobiernos autoritarios de las cargas inmisericordes y las mordazas, no podían ser democracia. Más de doce millones de personas viviendo en riesgo de pobreza y exclusión social en España, uno de cada tres menores, más de la mitad de las familias monomarentales, también de nuestros vecinos y vecinas extracomunitarios, en una situación que coarta directamente su libertad. Denominaciones

²⁰ Giambattista Vico, “El sistema de estudios de nuestro tiempo” (1708), en Elementos de retórica, Trotta, Madrid, 2005, p. 50.

²¹ “Por sí solas, las ciencias no pueden iluminar la totalidad de la experiencia humana, sino que necesitan la luz que procede de las artes y las humanidades”. Antonio Damasio, *El extraño orden de las cosas. La vida, los sentimientos y la creación de las culturas*, Destino, Barcelona, 2018, p. 20. Rovelli, *Siete breves lecciones de física*, capítulo 7. Eric R. Kandel, *La era del inconsciente. La exploración del inconsciente en el arte, la mente y el cerebro* (2012), Paidós, Barcelona, 2016, Prefacio. Martha Nussbaum, *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2010, p. 189.

²² Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (1979), Paidós, Barcelona, 1993.

como *democracia de mercado* o *democracia liberal* empezaron a revelarse como sendos oxímoros que se alejaban cada vez más del sustantivo principal, pues la democracia sin equidad ni libertad se queda en nada.

La crítica social que surgió en el sur de Europa en los últimos años fue contundente, pero faltó concretar qué se comprendía por democracia real. En gran parte por falta de imaginación pero también por la aproximación básica a la política dominante en prácticamente todo el espectro político, una concepción eminentemente bélica y pragmática que sigue pensando a partir de los grandes esquemas newtonianos, cartesianos y representativos del siglo XVII.

A la hora de comprender lo real de la democracia, y de plantear desde ahí propuestas, hemos de apoyarnos en la ciencia contemporánea y especialmente en la fantasía. No solo, pero sí como condición inicial y necesaria. La imaginación tiene la virtud de aprehender en un instante los amplios asuntos de la política gracias al auxilio que le ofrecen las imágenes, aterrizando sus ideas mediante figuras del lenguaje como la metonimia y la metáfora²³. Contamos para esta tarea con un componente esencial de nuestra condición humana, nuestra parte letárgica, donde la fantasía es poderosa. Con prudencia, sin instalarnos fuera del mundo como lunáticos ni regresar a viejas supersticiones, resulta indispensable atenderla políticamente si queremos superar lo existente.

Seres reales para una democracia real

Todo lo que tiene que ver con la letargia remueve de tal manera los pilares de lo establecido que no son extraños los ataques que recibe, la concienzuda extirpación que sufre respecto a lo que merece atención, seriedad y análisis. No hay más que comprobar, dentro de una sociedad cada vez más ejecutiva que reclama ciudadanos en alerta constante, la posición que van tomando en las leyes educativas las materias creativas, filosóficas o musicales en los currículos educativos. Jonathan Crary ha denunciado recientemente en *24/7* toda una constelación de acontecimientos, al hilo de la globalización neoliberal, que está empujando la vida hacia los contornos de la duración ininterrumpida, hacia el mundo de la rentabilidad y las máquinas. De las investigaciones en pos del soldado insomne a los proyectos de satélites reflectantes capaces de iluminar la noche de amplios territorios del planeta, de la disponibilidad laboral a todas horas al consumo continuo. Dormimos de media casi tres horas menos que lo que se dormía en Europa hace un siglo, e investigaciones recientes demuestran que cada vez más gente se despierta a medianoche para comprobar mensajes en sus dispositivos móviles.

²³ George Santayana, *Soliloquios en Inglaterra y soliloquios posteriores* (1922), Trotta, Madrid, 2009, p. 129.

En 2018 relevantes ex empleados de Google, Facebook, Twitter o Apple, entre otras grandes compañías, crearon el *Center for Humane Technology*, alertando de las consecuencias de lo que habían ayudado a crear y poniendo el acento en la capacidad de las nuevas tecnologías por captar nuestra finita atención, capaces ya de modificar nuestro comportamiento con el objetivo de mantenernos ante las pantallas todo lo posible en orden a aumentar sus ganancias.

Una distinción clásica mantiene que las técnicas y herramientas nos permiten hacer con ellas lo que nuestra voluntad decida, cumpliendo las funciones que les damos, mientras las tecnologías nos hacen, modificando nuestros propios hábitos de comportamiento y pensamiento. Se está dando así un proceso paralelo al de la llamada uberización del trabajo, donde la falta de protección laboral, la disponibilidad total y el control tecnológico atacan gravemente derechos sociales que se creían conquistados. El sueño aún resiste a duras penas su condición de espacio vedado al capital, todo ello a pesar del éxito del negocio farmacéutico de las pastillas contra el insomnio o de la caída en las redes del mercado de viejos gigantes como el agua y, más recientemente, de la amistad²⁴.

Hay un trasfondo teórico esencial en estos ataques. El concepto de letargia nos puede ayudar a comprenderlo. Se trataría del tiempo que alberga los sueños, la música y el arte, el pensamiento más allá de la actividad mental rutinaria, englobando por tanto todo aquello que nos ayuda a considerar como ciudadanos completos a infantes y bebés²⁵. La letargia supone por tanto un componente esencial de la vida real, imprescindible para el feminismo y la construcción de otras masculinidades, para una ancianidad más digna. En cierto modo las sabidurías colectivas que resistieron el avance neoliberal en las protestas de 2011 lo comprendieron mejor que nadie: “si no nos dejáis soñar no os dejaremos dormir”.

Ajena a las ilusiones de soberanía, orden y omnipotencia que constituyen los pilares de la modernidad triunfante, frente a todo ese control y deseo de inmenso poder que recorre el modelo ideal de ciudadano, de propiedad y de Estado desde el S. XVII europeo, con la incorporación de la letargia irrumpen la vulnerabilidad y la dependencia como contrapuntos de resistencia insertos en una realidad más amplia y compleja, aquella que al fin y al cabo todos reconocemos como propia en nuestro día a día. Ajena a la expansión de la vigilancia mediante la sospecha permanente, atender la letargia significa también otro modo de relacionarse con la

²⁴ Jonathan Crary, *24/7. El capitalismo al asalto del sueño* (2013), Planeta, Barcelona, 2015. Véase: <http://humanetech.com>.

²⁵ Javier Roiz, *El mundo interno y la política*, Plaza y Valdés, Madrid, 2013, pp. 142, 161ss. Ver también: Javier Roiz, *La recuperación del buen juicio*, Foro Interno, Madrid, 2003, capítulo 8. Más allá de ese tercio de nuestras vidas que pasamos durmiendo, generalmente de noche, “no hay hombre que viva sin soñar despierto”. Bloch. *El principio esperanza* (1), Trotta, Madrid, 2007, p. 26. Véase también: *ibid.*: pp. 41, 107-108, 117ss, 150.

crítica, alejado del principio de jefatura y de las purgas omnipresentes en las organizaciones políticas de corte clásico. De su mano nos llegan otras formas de pensar, de sentir y de expresarse, otros modos de vincularnos en sociedad²⁶. También otras formas de conocimiento que quedaron arrumbadas en torno precisamente al siglo XVII, como la propia retórica. Incorporarlas a nuestro modo de comprender y hacer política significa reconocer que la voluntad no puede con todo, que mediante la memoria predatora somos incapaces de conocernos de forma completa, que el ensueño es liberador y que necesitamos, en definitiva, colaborar en igualdad entre diferentes para sobrevivir²⁷.

La reivindicación que hizo Freud de la letargia en *La interpretación de los sueños* (1899) como un componente fundamental de nuestra existencia supuso un hito de considerable magnitud también para la política, más allá de la propia ciencia o la psicología. Escrito cuarenta años después que *El origen de las especies* (1859), de su admirado Charles Darwin, la obra de ambos pensadores modificó por completo la concepción moderna del ciudadano para abrir paso a maneras más humildes de pensarnos. La neurociencia del siglo XXI no sería posible sin sus pioneros estudios y es así como hoy en día sigue sus pasos. Pero, así como sus obras han sido incorporadas al campo científico posibilitando avances que nos siguen asombrando, la práctica política continúa ignorándolas. Se continúa dando por supuesta la visión cartesiana con que se pensaba hace más de tres siglos al sujeto, sobre un tablero representativo y capitalista que en lo esencial tampoco ha variado gran cosa desde entonces, salvo quizá la extensión del sufragio.

Aceptar que el yo consciente no ocupa el trono de nuestro gobierno interno, ya lo advirtió Freud, es una fuerte ofensa a nuestro narcisismo humano. Genera resistencias, pues supone lo que David Eagleman ha identificado como un pasaje duro, seguramente traumático, del destronamiento a la democracia²⁸. Estamos aún lejos de pensar al gobierno de uno mismo como primer estadio de lo político, tal y como sí lo entendían autores clásicos de la talla de Marco Fabio Quintiliano o Moisés Maimónides. El mundo interno se considera en general terreno exclusivo de psicólogos y psiquiatras, tras haber estado dominado durante siglos por religiosos.

De esta manera nos hemos deslizado sin pudor a defender conceptos como soberanía en la arena pública, como si lo que es imposible para uno mismo fuera realizable sobre territorios inmensos. Aparecen así continuas paradojas que no se desean enfrentar. El dualismo cartesiano

²⁶ Fernando Fernández-Llébrez, “¿Hombres de verdad? Estereotipo masculino, relaciones entre los géneros y ciudadanía”: *Foro Interno. Anuario de Teoría Política*, nº 4 (2004), pp. 15-43.

²⁷ Para los conceptos de memoria roja o predatora, de olvido genuino y memoria verde o involuntaria, ver: Javier Roiz, *El experimento moderno*, Trotta, Madrid, 1992.

²⁸ David Eagleman, *Incógnito. Las vidas secretas del cerebro* (2011), Anagrama, Barcelona, 2018. Su capítulo 7 se titula significativamente “La vida después de la Monarquía”, que contiene a su vez un primer epígrafe llamado “Del destronamiento a la democracia”.

de herencia platónica que concibe la mente como algo inmaterial y elevado, separado de la tumba corporal, anida también detrás del uso culpable, sucio y demagógico, que se hace de las pasiones en política²⁹. Como si aún creyéramos en la razón inmaculada, siguiendo a pies juntillas el mito del alma alada capaz de ver la gran verdad. Y mientras se siguen escribiendo libros avalados por la comunidad científica que nos describen entremezclados, pensando al padecer y sintiendo al pensar, integrales. Tal y como ya advirtiera José Luis Sampedro al inicio del movimiento 15M en España, la búsqueda de la democracia en el gobierno de nuestras vidas es la palanca que puede facilitar los grandes avances democráticos en la ciudad. Y para ello hemos de saber entender cómo somos en realidad. Seres reales para una democracia real.

Las obras de Copérnico, Darwin y del propio Freud representan para este último las tres ofensas capitales al narcisismo humano. Minúsculos y vagabundos en la inmensidad del Universo, emparentados con el mono y ahora, además, con la razón perdiendo su viejo cetro de poder. El hombre –así lo escribiría Freud- se consideraba dueño y señor del Mundo desde su posición central en la Creación, se tenía por soberano tanto de los seres que poblaban la Tierra como de su propia alma³⁰. Nada más lejos. Estas ilusiones de se irían desvaneciendo de la discusión científica y filosófica a lo largo del siglo XX aunque, es preciso insistir, resisten aún centrales en la comprensión de la política ya bien entrados en el siglo XXI.

Sobre la nueva perspectiva que abrieron Copérnico, Giordano Bruno y Galileo baste el ejemplo con el que nos explica Christophe Galfard nuestra posición en el Universo. Para ello el discípulo de Stephen Hawking nos solicita que utilicemos nuestra imaginación, imprescindible como ya sabemos para el trabajo de los físicos teóricos del siglo XXI. Rellenemos 300 cajas de un metro cúbico de arena de playa, vertamos su contenido en Londres, sobre un disco alrededor de *Trafalgar Square*. Dibujemos cuatro brazos en espiral y a continuación subámonos a la estatua del almirante Nelson. Así se nos mostrarían los 300.000 millones de estrellas de la Vía Láctea, mientras el Sol sería tan solo uno de los granos de arena diseminados en la plaza, cerca de los límites de la galaxia. Ni siquiera ocupamos el centro de nuestra galaxia, y la Tierra aún sería más pequeña que el insignificante granito de nuestra estrella. Pero aún hay más. La galaxia más cercana a la nuestra la hemos llamado Andrómeda, es la más grande del llamado Grupo Local donde se encuentra la Vía Láctea, un conjunto de 54 galaxias con conexiones gravitatorias

²⁹ Daniel C. Dennett, *De las bacterias a Bach. La evolución de la mente*, Pasado y Presente, Barcelona, 2017, pp. 26-31.

³⁰ Sigmund Freud, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917), *Obras completas*, tomo III, Biblioteca nueva, Madrid, p. 2.434-2.345. Ver también: Juan Dorado, “Fantasías de omnipotencia en la ciencia y la política”, *Tesis doctoral*, UCM, Madrid, 2015, p. 385. “Lo primero que aprendemos al estudiar nuestros circuitos es una lección muy simple: casi todo lo que hacemos, pensamos y sentimos no está bajo nuestro control consciente”. Eagleman, *Incógnito*, p. 12.

entre ellas. Y más allá de éste hay todavía más grupos de galaxias, agrupando en ocasiones cientos de galaxias en ellos, así como cúmulos y supercúmulos, con miles de galaxias cada uno³¹. Piensen ahora en este Universo, del que cada vez somos menos conscientes debido a la contaminación lumínica de nuestras ciudades, y en la desmesurada importancia que seguimos dándonos a la hora de hacer política. Las luchas entre nuestros representantes, a menudo del mismo grupo, para alcanzar a codazos su minuto de gloria en el Congreso de los Diputados a la hora de anunciar cualquier iniciativa resultan tragicómicas desde lo alto de Nelson.

Las últimas investigaciones científicas corroboran por otra parte los escritos de Darwin a la hora de establecer que animales y humanos solo albergan diferencias de grado, en ningún caso de naturaleza. Tampoco esto se ha trasladado al mundo político, y ahí tenemos la falta de escrúpulos en la industria capitalista cárnica, el maltrato o la caza legal de toros, lobos y otros animales que sigue dándose en España incluso como festejo público. Hoy se asume en cambio desde la teoría gran parte de la defensa de las inteligencias animales que el romano Celso esgrimiera en una obra perdida del siglo II, *El discurso verdadero*, y que conocemos solo gracias a las obras de la patrística cristiana que tanto lo criticó. Las inteligencias animales son simplemente distintas a las humanas, en ningún caso inferiores, mantenía Celso. Las implicaciones de este aserto impactaban de lleno en la línea de flotación de la concepción cristiana del sujeto, rebajando su cercanía a la divinidad así como su importancia y centralidad en el universo³². En la ortodoxia islámica tampoco gozaba de buena acogida un respeto a los animales que pudiera desafiar la soberanía del hombre sobre la naturaleza y sus criaturas. Y sin embargo las dudas en el mundo musulmán no eran menores. *La disputa entre los animales y el hombre*, inserta en la gran enciclopedia de la rama ismailí de la Šī'a, Rasā'il Ijwān al-Safā (*Las epístolas de los hermanos sinceros o de la pureza*), es una buena muestra de ello³³.

Conclusiones preliminares

Urge una puesta al día del estudio de la política en conexión con la ciencia de nuestro tiempo. Paradójicamente, están siendo los científicos más reputados de la actualidad quienes nos urgen a dar la mano al mismo tiempo a las artes y humanidades. No es tampoco de extrañar que, con el derrumbe de la fe positivista y newtoniana que resumía más arriba Rovelli, se estén valorando de nuevo algunas vías abandonadas y despreciadas como puede ser la propia retórica clásica y humanista que hemos visto con Vico.

³¹ Christophe Galfard, *El universo en tu mano. Un viaje extraordinario a los límites del tiempo y el espacio* (2015), Blackie Books, Barcelona, 2016, pp. 46-58.

³² Michel Onfray, *Cosmos. Una ontología materialista* (2015), Paidós, Barcelona, 2016, pp. 213-222.

³³ Ijwān al-Safā, *La disputa entre los animales y el hombre*, Siruela, Madrid, 2006.

Saberes parciales, no omnipotentes, pero a la vez rigurosos. Humildad en el anhelo, crítica, rebelión y democracia. Fantasía. Seres reales compuestos de partículas en vibración, meros eventos efímeros si nos medimos en los tiempos geológicos, pero siempre con ese algo más por definir. Un mundo en progresivo desorden, presidido por el azar, hoy con una emergencia climática que amenaza extinción, causada directamente por la actividad y la inactividad política.

Es tiempo de teorías políticas que vayan a la par de las ambiciones en las que se mueve la física de nuestro siglo. Al igual que todavía hoy la física newtoniana nos sirve para localizar planetas, la representación puede seguir teniendo una función al servicio de una democracia real. Pero eso no basta, precisamos de novedades radicales.